
CONSEJO DE REDACCIÓN

Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Carlos Hoevel, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, P. Lucio Florio (La Plata), Francisco Bastitta, Dr. M. France Begué, P. Dr. Jorge Scampini o.p.

COMITÉ DE REDACCIÓN

Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, Mons. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Dr. C. Schickendantz (Córdoba), Dr. Florian Pitschl (Brixen)

*Director y editor responsable: P. Dr. Lucio Florio
Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna*

COMMUNIO

	3	La Encarnación
<i>Thomas Söding</i>	9	Encarnación y Pascua
<i>Anton Strukelj</i>	25	La encarnación, plenitud de la Creación
<i>Jacques Servais</i>	41	El rol de María en la Encarnación
<i>Paolo Martinelli</i>	59	Dios en el corazón del cristiano: el misterio de una presencia que crece
<i>Alois Haas</i>	77	Mística de la Encarnación
<i>Alberto Espezel</i>	91	Encarnación e Inclusión en Cristo

Encarnación e Inclusión en Cristo

*Alberto Espezel**

“Al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que se hallaban bajo la ley, y para que recibiéramos la filiación adoptiva” (Gál 4,4.5).

I. Introducción

Nos interesa ver aquí el misterio de la Encarnación del Hijo como representación nuestra, quien asumiendo el comienzo de su papel de Adán nuevo (Rom 5,15), viviendo el arco de una vida humana entera desde su concepción a la muerte-descenso-resurrección, y representándonos como nuevo jefe de la humanidad (jefe de la vida: Hechos 3,15), nos abre el camino al Padre y la comunión con El y entre nosotros.

El camino de Jesús es camino de condescendencia, de *kenosis*, de compasión redentora, de existencia para los demás o pro-existencia, como dicen varios exégetas y teólogos contemporáneos (Barth, Schürmann, Balthasar, Kasper). Pero de la mano de Pannenberg hemos de decir que la misma encarnación es ya un acto de representación inclusiva.

Hablar de la representación inclusiva de Cristo es referirse al misterio de su vida por nosotros, su pro-existencia por nosotros, pro-existencia que lo lleva a ponerse en nuestro lugar de modo de representarnos ante el Padre para abrir nuestro lugar de hijos y ofrecérsenos.

*Del consejo de redacción de la revista, profesor de teología dogmática en diversos institutos.

lo. Su solidaridad y servicio por nosotros culmina en una *representación e identificación* con nosotros. Dicho de otro modo, entonces, la representación inclusiva es la culminación de su pro-existencia por nosotros. Esta representación-identificación constituye propiamente una *realidad teológico-ontológica*, en tanto funda un *ser nuevo*, un hombre nuevo, un existencial nuevo.

¿Por qué hablamos de representación *inclusiva*? Porque su representación no sólo no nos reemplaza, ni se nos impone sino que se nos regala para su aceptación o rechazo y se nos ofrece para ser participada por nosotros e incluidos de ese modo en la representación de Cristo por los demás.

Como acertadamente dice el Cardenal Kasper: “El reemplazante hace superfluo al reemplazado, mientras que *el que lo representa le hace sitio, le mantiene abierto el puesto, le deja el sitio cuando el otro llega*. La representación inclusiva no le quita, pues, nada al otro, al contrario, es ella la que hace posible la libertad del otro...”¹.

Traducimos aproximativa e imperfectamente *Stellvertretung* por representación inclusiva. En principio *Stellvertretung* significa representación (en sentido fuerte) en el lugar del otro. Agregamos la inclusividad por lo dicho arriba, para subrayar su apertura a la participación eclesial en la representación realizada por Cristo. Evitamos expresamente la palabra sustitución, que en oídos latinos parece aludir demasiado a reemplazo, y ha llevado en la historia de la teología y de la espiritualidad a desvirtuar la relación entre Cristo y su obra, nosotros y nuestra participación en ella.

La palabra solidaridad, por su parte, expresa en alguna medida la pro-existencia, pero le falta el momento representativo personal último, teológico y aún ontológico, que funda el nuevo comienzo del hombre inaugurado en Cristo. Conscientes entonces de las limitaciones que conlleva la expresión de representación inclusiva para traducir *Stellvertretung*, a la espera de alguna mejor, nos parece, a pesar de todo, la menos mala y la menos sujeta a equívocos de una historia de malentendidos teológicos.

¹ Kasper, *Jesús el Cristo*, Sígueme, Salamanca, 1979, 275-276.

II. La representación inclusiva de Adán

Recuerda con acierto don Olegario González de Cardedal, que tanto Cristo como Adán nos han incluido en los efectos de sus acciones. Nos han representado inclusivamēte, aunque en forma diversa. Nuestro primer padre Adán rehusó su verdadera vocación y misión original de obrar una representación inclusiva de gracia, y cayó –como lo hemos visto– en un pecado que significaba un querer para sí mismo no filial (*cor incorvatum in seipsum*). Su pecado nos dejó un vacío de gracia (vacuum de gracia: Scheffczyk), una situación objetiva de des-gracia. Ejerció y llevó adelante una representatividad inclusiva en el pecado que dejó como resultado un estado de falta de gracia. Por ello Adán dejó de transmitir (en los hechos, no transmitió) aquel estado de gracia que debió haber transmitido según su vocación y misión originales².

En consecuencia, las acciones de Adán, como las de Cristo, nos influyen y condicionan nuestra propia libertad. Estas acciones no terminan decidiendo por nosotros, no clausuran nuestro destino, pero orientan la dirección de la historia del hombre, de modo que necesariamente somos y estamos a su luz o a su sombra³.

En el caso del pecado original de Adán, la noción que utilizamos de pecado es evidentemente una noción análoga. En cuanto a su comunicación a nosotros, constituye un estado de pecado y de falta de gracia que también hacemos nuestro con nuestro propio pecado (Rom 5,12).

III. La representación inclusiva de Cristo

Hemos de contemplar la representación inclusiva de Cristo desde el Nuevo Testamento, y ayudados por el personalismo judío y cristiano del s. XX. El personalismo nos ha enseñado a redescubrir la relacionalidad del yo hacia el tú, y cómo el tú abre, reconoce y permite desarrollar la libertad de la persona. Así como también nos ha redescubierto el nosotros y el valor de todos ante los ojos de Dios.

En Cristo se nos revela lo que constituye al hombre: su ser *desde el Padre (el Abbá) con los otros y para los otros*. En virtud de la

²K. H. Menke, *Stellvertretung*, Johannes, Einsiedeln, 1991, 286.

³González de Cardedal, Olegario *Cristología*, BAC, Madrid, 2001, pág. 525.

misión y la obra salvífica realizada por Jesús, el Padre nos considera ahora formando una unidad con su propio Hijo. Su vida terrena, su Muerte y su Resurrección y donación del Espíritu pasan a ser nuestra propia vida, muerte, resurrección y recepción del Espíritu filial (Rom.6). Se da una inclusión representativa que une a los hombres con Cristo en virtud de la Creación (Col 1,16.17.18), la Encarnación y la redención obrada por Jesús (Rom 5,15; 1 Co 15,22).

Visto desde Cristo, su representatividad inclusiva se ejerce en el lugar trinitario del Hijo. En su vida, Pasión y Muerte lleva consigo no sólo las consecuencias del pecado, sino que hace la experiencia de la negación de Dios que realiza el pecador. Jesús experimenta la falta de sentido, la obscuridad del estado del pecador, y lo hace no sólo desde fuera, o aún en un sentido puramente psicológico, sino tan profundamente como el propio pecador, pero experimentado y vivido ahora desde su cercanía única al Padre, desde su ser *relatio subsistens* hacia el *Abbá*. Sólo el Hijo puede, en este sentido, experimentar la hondura del pecado a los ojos de Dios, sólo El puede saber en forma exhaustiva qué es ser abandonado por todos y por el Padre en especial.

Como afirma el P.Balthasar: "...ser solidario con los perdidos significa...el llevar totalmente único de toda la culpa del mundo, por el totalmente único Hijo del Padre, cuya divino-humanidad (que es más que el caso supremo de la cristología trascendental) únicamente es capaz de semejante tarea"⁴.

En la Cruz y en el abandono, en el lugar de la no relación, Jesús permanece sin embargo en relación, y desde la noche del abandono, llama al Padre en su oración (¡el grito de abandono es oración!) y perdona orando a sus verdugos, en la obediencia desnuda que ya no comprende (Menke, 1991, 294). Esta representación inclusiva de Cristo conlleva una representación tan real que Cristo muere mi muerte pecadora para que yo, más allá de mí mismo, alcance en ese momento la vida del amor de Dios.

Decíamos arriba, de la mano del card. Kasper, que la representación inclusiva de Cristo no es reemplazamiento ni entonces tampoco correspondía propiamente hablar de sustitución. Porque el que

⁴Balthasar, 1968, *Theologie der Drei Tage*, ed. 1990, p. 131.

representa *le hace sitio al otro, le mantiene abierto el puesto, y le deja el sitio* cuando el otro llega. La representación no le quita entonces nada al otro; por el contrario, le hace posible la libertad al otro.

Dicho cristológicamente, al representarnos en su vida y en su Misterio Pascual, Jesucristo nos abre nuestro sitio y nuestro lugar de hijos en El, nos abre el espacio de nuestra filiación en El, por el don del Espíritu Santo filial, para que seamos consciente y libremente hijos en El; nos mantiene abierto nuestro puesto para nosotros, para que entremos y permanezcamos en este nuevo lugar, y finalmente nos deja el sitio para que ocupándolo libremente vivamos nuestra vocación y misión en El, permaneciendo El como la Cabeza de sus propios miembros (Ef 1,22-23), ejerciendo una intercesión perpetua porque permanece para siempre (Heb 7,24).

Hacernos sitio, abrirnos sitio, dejarnos el sitio con la ayuda del Espíritu Santo es una forma de crearnos de nuevo, de re-crearnos, de abrirnos la posibilidad de un ser nuevo, una creación nueva y un re-graciamiento, a partir de aquel estado de des-gracia en que el hombre se encontraba desde Adán. No hay reemplazo, hay refundación y habilitación de nuestra libertad herida; hay sanación y posibilitación de una libertad filial nueva en el Espíritu Santo.

Conocemos la gran objeción de la modernidad contra esta representación de Cristo y de la Iglesia, expuesta lapidariamente por Kant en *La religión en los límites de la pura razón*:

“Esta originaria... culpa (el pecado original)... no puede ser borrada por otro, visto según nuestro derecho racional; no es una obligación transmisible, como una deuda de dinero (en la que al acreedor le es indiferente si el deudor mismo u otro paga por él), que puede ser asumida por otro, sino lo más personal, la culpa del pecado, que sólo el culpable puede llevar, y no el inocente, por más magnánimo que sea al querer asumirla”⁵.

Ante esta defensa de la autonomía absoluta del hombre (cerrado, en el fondo, a la filialidad en relación con Dios) cabría recordar estas palabras de González de Cardedal:

⁵ W, VII, 726.

“El Nuevo Testamento comprende el destino (vida, muerte y resurrección de Jesús) como destino del cabeza –representante, solidario, forjador, pionero de nueva humanidad (1 Co. 15; Hech. 3,15; 5,31; Heb. 2,10; 12,2)– no para sustituir supliendo a nadie, puesto que ningún ser libre puede ser suplantado o sustituido en este sentido material por nadie, sino precediéndonos y abriéndonos un camino, iluminando el trayecto de la existencia, otorgándose a sí mismo como compañía y gracia, haciéndonos posible el paso al Padre como él lo hizo en su Pascua y dándonos su santo Espíritu... La verdadera autonomía de un hombre, según la Biblia, reside en el cuidado que un hombre puede ejercer para con su hermano hasta ponerse como rehén por él siendo siempre responsable de su vida y de su muerte. Desde el capítulo cuarto del Génesis hasta los cantos del Siervo de Yahvé corre un hilo de oro que se consume en Jesucristo: se puede, se está nacido para poner la vida en el lugar del prójimo, incluso pecador y culpable; se puede superar y destruir por el sufrimiento el pecado de los otros. Se puede vivir para el otro y morir por él: ésa es la suprema dignidad y posibilidad humana que, alumbrada en el Antiguo Testamento, se ha explicitado en el Nuevo”⁶.

Y en consecuencia somos y existimos desde el Padre, en Cristo y en su Espíritu filial que nos hace hijos en El. Autonomía participada y filiación no son términos antinómicos. Jesucristo es nuestro nuevo lugar trinitario de filiación. Con El vivimos nuestra existencia en recepción, alentados por su Espíritu filial.

Nos parece luminosa la intuición de Balthasar, retomada a su vez por Norbert Hoffmann, que ven este misterio de la representación de Jesucristo originariamente en forma trinitaria, de tal modo que la eterna generación paterna del Hijo en el Espíritu, en el interior de la Trinidad inmanente, constituye ya aquel primer gesto de “hacer sitio” al Hijo, lugar donde va a tener lugar luego la Creación y la representación redentora de todos nosotros, formas derivadas de “hacer sitio” de aquella primera generación del Hijo en el Espíritu, que todo lo abarca y sostiene.

La representación inclusiva se ejerce y lleva a cabo en todo el arco de la vida de Jesús, desde su concepción y encarnación hasta su

⁶González de Cardedal, *Cuatro poetas desde la otra ladera*, Trotta, Madrid, 1996, 615-616.

consumación en la Muerte y Resurrección de Jesucristo. En la Resurrección, en cuanto poseedor y Señor del Espíritu que entrega a los suyos (La Iglesia) se opera una suerte de inversión o transformación de la representación de Jesús, de representante de los pecadores a nuevo Adán que como jefe de la vida (Hech 3,15) derrama el Espíritu de la filiación a los hombres.

IV. La participación eclesial en la representación inclusiva de Cristo

De un múltiple modo participamos en la obra salvífica de Cristo. En primer lugar en el libre sí a Cristo y a su obra liberadora, en la libre aceptación del regalo de la comunión restablecida, aceptación que es en sí misma un camino de conversión y no tiene por qué ser vista sólo como un acontecimiento único en el tiempo, sino más bien como una renovada afirmación de alianza.

En segundo lugar, en la participación a la que se encuentran llamados los cristianos en la Iglesia, para co-operar juntamente con su Cabeza Cristo. Porque Cristo ejerció una representación inclusiva de todos, por ello la Iglesia puede participar en esa representación, en forma intercesora o co-expiatoria, por ejemplo, con Cristo, cada cual desde su propio lugar, desde su propia misión, dentro del misterio de la Iglesia.

Unidos a Cristo por medio del Espíritu Santo conformamos una persona corporativa en la que nos articulamos desde nuestra misión y lugar. El Espíritu obra una comunidad de muerte y resurrección con Cristo. Pero los cristianos no son una pura suma de misiones individuales, sino que se articulan en su misión de un modo orgánico en el interior de la misión de Cristo.

Como decíamos, es el Espíritu el que obra esta incorporación a Cristo-Cabeza. En forma análoga a su papel en la Trinidad inmanente, el Espíritu personaliza, es decir, confiere su identidad personal al cristiano, en el sentido de abrirlo a su pro-existencia con Dios y con todos. De un modo análogo a como en Dios personalidad y comunión son igualmente originarios (persona y *relatio subsistens*), el Espíritu obra en el cristiano su identidad personal y su comunión con los demás en Dios⁷).

⁷Menke, op. cit., 297.

Como afirmaba Barth, a mayor unidad y comunidad, mayor personalidad y libertad, siempre bajo la acción del Espíritu Santo, que es la persona trinitaria que obra esta personalización y comunión con Cristo y con los demás. Cada cristiano es entonces más persona en la medida en que profundiza su pro-existencia y su representación a favor de los otros.

De este modo, toda obra de oración, intercesión, acción y expiación por los demás en la *communio sanctorum* se fundamenta en esta articulación y animación obrada por el Espíritu Santo en el lugar trinitario del Hijo. Como lo recuerda Menke, la comunión obrada por el Espíritu significa la inversión de Babel en Pentecostés, del ser-parasí a la pro-existencia por los demás⁸. Y esta obra del Espíritu habilita y libera nuestra propia libertad.

La participación en la representación de Cristo vivida por la Iglesia encuentra una cristalización singular en los distintos sacramentos. En este sentido, después del bautismo y de la confirmación, la Eucaristía es la culminación sacramental del co-ofrecimiento de la Iglesia con su Cabeza (Cristo) hacia el Padre. Cristo incluye, por medio del Espíritu Santo, a cada hombre y a todos los hombres en su sacrificio, haciendo de ellos co-oferentes con El. Como afirma la primera plegaria de reconciliación en su plegaria (epíclesis) pidiendo el Espíritu sobre los comunicantes (los que han de comulgar):

“Mira con amor, Padre de bondad, a quienes llamas a unirse a Ti, y concédeles que participando del único sacrificio de Cristo, formen, por la fuerza del Espíritu Santo, un solo cuerpo, en el que no haya ninguna división”.

A su vez, por medio de los sacramentos del orden y del matrimonio, el cristiano es integrado y configurado de tal modo en Cristo, que participa de su representación inclusiva a favor de sus hermanos.

Nos interesaba contemplar nuestra inclusión en Cristo en relación con todo el Misterio de Cristo, en sus proyecciones con los misterios cristianos.

⁸ Menke, 1991, 337.